III

Los de Sangil eran casi vecinos de la familia de Montiel: dando la vuelta por la calle Alsina, á las pocas *cuadras* hacia el Oeste, sobre la mano derecha, una casa grande con mucho portal y mucho ventanaje y un jardín tropical en el patio anchuroso... no había pérdida, ni menester de planchita reluciente, no porque estos detalles fueran exclusivos de la casa, sino por estos otros que siguen y le daban sello original y único: y era que en medio del jardinito había una fuente de mármol, con una grulla muy tiesa de remate, echando por el pico levantado fresco chorro de agua; en un extremo una pajarera en forma de pagoda, y un

mico muy listo enredando con los pájaros prisioneros, saltando ramas, ó abrazado á los hierros de la cancela, burlándose de los transeuntes; pues, en viendo á la grulla, la pajarera y el mico, no seguir adelante, entrar en el zaguán, adornado con paisajes al óleo de mano alevosa, luego de dar un porrazo al llamador, y al gallego sucio y rotoso que acude, preguntar con finura:

—¿El señor Sangil?

Seguramente que os contestará con su exquisita grosería habitual:

—No está.

Porque hombre más ocupado que Pérez de Sangil... y eso que nunca ha tenido cosa que hacer en su vida...

Digo, de interés y provecho para los demás; que para su persona... sólo en teñirla, barnizarla y vestirla á la usanza antigua, con la pechera de manifiesto, la holgada levita negra y el sombrero de copa graciosamente inclinado sobre la oreja derecha, consumía la mañana entera; y en sus visitas de cumplido, ó *actos de presencia* que

él llamaba, muy útiles para sus miras particulares, el resto del día y buena parte de la noche. ¡Ah! desgraciadamente, quedan ya pocos hombres como don Pepe Sangil, espejo de cultura, modelo de buena crianza y muestra admirablemente conservada de aquella sociedad del cincuenta y tantos, de grata memoria.

Por cierto que estas maneras suyas refinadas y hábitos cortesanos eran aprendidos, pues pertenecía á familia obscura y vergonzante: pero muy dado á lo grande y á rozarse con lo más alto, del mismo salón nobilísimo de Tejera holló las alfombras. Bien podía decirse que la vida fácil y regalada de este hombre singular se deslizó en los salones, al compás de cadencioso vals. De aquel Pepito Sangil del pantalón color de canario, del Sangilito cantor de romanzas tiernas, rizado y perfumado, galanteador, medio poeta, guapísimo chico, os darán noticias las señoras mayores de buena memoria.

—¿Pepito Sangil? ¡Ya lo creo! ¡Ay, qué

buen mozo! volvió locas á casi todas las muchachas de su tiempo!

No sé yo que esto fuera cierto, pero tal es su fama y así debe constar en estas páginas, si ellas han de guardar la fidelidad histórica de rigor. Cierto ó no, aunque seguramente verosímil, pues la chabeta mujeril no resiste en general á esta clase de atractivos masculinos, sabemos, por lo menos, que su aventura con Artemia Mártir, á que dió funesto término el pícaro cohete *mazhorquero,* no pasó de escarceos inocentes; pero tengo entendido que en su casamiento con misia Estanisladita hubo cosas... Por Dios! no quisiera yo ofender á esta digna señora con recuerdos impertinentes, ni tocarla con mi pluma siquiera sea al pelo de la ropa; pero esa fidelidad de cronista, á que más arriba me he referido, me obliga á decir... Vamos, lo diré de la manera más pulcra y delicada que mi torpeza me lo permita: pues, es el caso, que misia Estanisladita, cuando dió su mano á Sangil... no, mejor será no decirlo, que ya ustedes me en-

tienden. Como que fué aquél un casamiento clandestino, de estos á la chita callando, que por querer tapar, más descubren y mayor incentivo dan á la malignidad, y cuando todo parece arreglado y la honra puesta á salvo, antes del término legal sale el rorro y tira de la manta. Que es lo que sucedió esta vez.

El padre de misia Estanisladita era un ricachón, hombre de campo, muy bruto, á quien su ganado ocupaba más que su hija, huérfana de madre y bastante simple; y todo fué notar los malestares y la palidez y los otros etcéteras del apurado trance (y cuenta que lo notó cuando ya saltaba á la vista,) gritó, indagó, descubrió, prendió al criminal, dióle una paliza, y magullado y dolorido le llevó al altar é hizo que le ataran á la cadena perpétua. Luego, se murió del disgusto.

Historia antigua es ésta de la que nadie se acuerda y que muchos ignoran; punto de partida felicísimo de la carrera del afortunado don Pepe. A buen seguro que sin la

ligereza de cascos de la tierna Estanislada, él se habría pasado los años de salón en salón, sin sacar gran cosa de sus *ritornellos* y sus atractivos, porque todas las mamás tenían bien conocido el poco lustre de su nombre, lo pelado del frac y las grietas de las botas; pero la toma de una fortaleza doncellesca de tanto fuste como la señorita de Prisco (que tal era su apelativo,) seguida de la muerte oportuna del estanciero, hicieron de Sangil un personaje.

Un personaje que desempeñó su papel admirablemente, como que le traía bien estudiado y sentaba de perlas á su idiosincrasia. Porque Sangil había nacido para rico. Diérale la suerte el esquinazo, y su mano derecha no habría sabido qué dar de comer á la izquierda. Rico, de improviso, no se deslumbró, ni envaneció, ni se mostró pródigo y rumboso; seguramente que si el papá de Estanislada barrunta qué clase de administrador era su yerno, lo piensa mejor y no se muere de repente. En todo caso, lo hiciera de gusto (que hay gentes que lo

tienen tan malo que así lo hacen,) viendo á aquel Sangilito adamado y frívolo desenfundar cualidades de economía y de orden, que nadie le sospechara: todos los bienes se conservaron y no se comprometieron de manera alguna, dejando que aumentaran por el progreso natural de las cosas, sin forzarlo con el peligroso estímulo del agio, para asegurar la renta y más tranquilamente gozarla. ¡Y poco que la gozó en paz y saboreó Sangil las delicias de su posición desahogada! Alcanzado el envidiable cargo de consorte de rica hembra, en ejercerlo concienzudamente ocupó todo su tiempo: ni comercio, ni política, ni nada que le distrajera de sus deberes matrimoniales. Tengo para mí que esto era, más que virtud en Sangil, buena muestra de su carácter cachazudo y regalón; para misia Estanisladita no, que adoraba á su marido y le tenía por dechado de fidelidad y perfecciones. La verdad es que en veinte años de casados, colaboró activamente en la obra magna de darle siete hijos, que murieron nonatos unos, otros sietemesinos, dos bajo

la garra de la difteria, salvándose uno tan sólo, Graciana, suma y conjunto de todas las gracias humanas.

Pero no podía Sangil llegar á la edad crítica en que la ambicioncilla del lucro, el sentimiento de la adquisividad se despierta poderoso, y se sobrepone al otro, al amor, que hasta entonces ha dominado á su antojo; y en él se despertó en forma no discrepante de su natural inclinación y manera de ser. Hecho á navegar en aguas tranquilas, se dedicó á lo menos expuesto y más productivo: colocó dinero á interés y luego pescó algún albaceazgo fácil y de substancia. Naturalmente, era él tan conocido, y tal fama había logrado de hombre recto! Las señoras mayores, viudas ó solteronas, que le trataron de mozo y él no dejaba de visitar, se hacían lenguas:

—¡Ah! Sangil, ¡qué caballero! ¡qué juicio el suyo, qué corazón!

Le consultaban, le escuchaban con ciega confianza..... Bueno será advertir, porque no se tome á engaño este exceso de urbanidad en don Pepe, que sus tratos no eran con viejas pobretonas, que esas cargue el diablo con ellas, sino con las que no saben qué hacer de *su plata*, solas, ó enfermas, ó idiotas; las mismas armas, que tantos corazones juveniles conquistaron, empleaba para triunfar de estos amojamados ya y casi insensibles; y triunfaba, que al homenaje de la adulación, de la constancia y del afecto sabiamente fingido no saben resistir ni doncellitas, ni setentonas, y aún estoy por creer que más gustan de mieles éstas que de los dientes no conservan sino el recuerdo y el negro alvéolo.

Sordas, tuertas, cojas, reumáticas ó paralíticas, cargadas de años y de talegas, suspiraban por Sangil, se despepitaban por Sangil:

—¿No ha venido Sangil?....

—Lo consultaré con Sangil.....

—Como Sangil no me aconseje.....

Y Sangil las ofrecía consejos, unturas, flores y golosinas. Dicen... pero no quiero repetirlo, que bien podría llegar á oídos de

misia Estanisladita. Si la señora de A... le dejó al morir casas y campos, burlando la natural ambición de sus parientes, sería por gratitud á los servicios verdaderamente inapreciables de Sangil, y no ¡Ave María Purísima! por lo que las malas lenguas han propalado en desdoro de una virtud que supo mantenerse inmaculada durante setenta y ocho años y tres meses. Y si la otra, la de S... y la ciega aquella de T... le hicieron su albacea, y en un rinconcito del testamento otorgáronle una manda *en buena memoria*, sería porque les diera la gana; pues también han dicho... vale más callar, siquiera por respeto á la tranquilidad de misia Estanisladita. Pero los que tal murmuran, no toman en cuenta que es abnegación grandísima y sacrificio sobrehumano esta corte asidua á señora entrada en años y llena de alifafes: interesarse por sus catarros, sentir sus flatos como propios, distraer sus melancolías, soportar los salivazos de su boca desportillada, y contemplar de cerca y á diario arrugas, canas amarillosas ó embetunadas, verruguillas, patas de gallo, ojos tiernos y ruinas desoladas de antiguos encantos. Si buenas mandas le caían, buenos sudores y bascas le costaban.

Ya ven ustedes si era mi don Pepe hombre ocupadísimo. A la estancia de Las Piedras, donde el suegro echó los bofes por fundar su gran fortuna, iba rara vez, las necesarias para la estricta vigilancia del mayordomo, y eso armado de todas las precauciones posibles contra el sol, el aire y los mosquitos: ámplio guardapolvo, sombrero de paja, guantes de piel de Suecia, sombrilla inglesa, y en la maleta de mano un bote de *cold cream* para la correspondiente untada nocturna. Con estos arreos visitaba la heredad, no aupa de un mancarrón, sino en cómodo carricoche descubierto, con toldilla elegante de vistosos flecos.

Tampoco misia Estanisladita gustaba de la estancia, «porque el campo hace á *una* muy ordinaria,» decía. Sí hará, pero en este caso paréceme que al ardiente hálito pan-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

peano poco le quedara por hacer. Porque misia Estanisladita nunca fué guapa, ni graciosa, ni poseía el don de la distinción que en la mujer reemplaza ventajosamente á la belleza. Tenía, además, una cicatriz muy fea en medio de la frente, que ella ocultaba con el flequillo, y era su preocupación más grande. El afán de tapar el defecto y el de enseñar la mano pequeña y bien modelada, causaba aquel tirón contínuo del flequillo, ya mecánico en fuerza de la costumbre. Buena madre, excelente esposa, señora sin hiel, una pasión la avasallaba, sin embargo, pasión inocente: la de andar de tienda en tienda, en todos los comercios de telas, curioseando, revolviendo, molestando, para decir triunfalmente á la parienta ó á la amiga:

—¡He encontrado un género, lana y seda, con motitas azules, que es una *preciosura!* á precio verdaderamente *tirado*, pero *tirado*.

A casa volvía siempre cargada de paquetes; y llevaba en el tarjetero retales de

todos tamaños y colores y clases, en el bolsillo y dentro del guante de la mano izquierda. Los perifollos la mareaban.

—He visto una *popelina*... un *astrakan*... un *moaré*.....

Decía don Pepe que su mujer había nacido corredora de telas. Ella se reía bondadosamente, tirando del indiscreto flequillo.

Parece que esta misma frivolidad fuera inconveniente para la buena educación de su hija única. No lo fué, porque misia Estanisladita poseía gran corazón, tan grande que no la cabía en el pecho, según su expresión propia. A decir verdad, la educó con el ejemplo, y la clara inteligencia de la niña completó la insuficiencia de las lecciones maternales; aprovechando á la vez, con singular despejo, cuanto libros y maestros la enseñaron. Eso sí, misia Estanisladita gastó un dineral en profesores, de idiomas, de música, de baile, de pintura.....

—Si yo soy una borrica—repetíale—no quiero que *vos* lo seas también; que no sal-

gas á tu madre, sino en los buenos sentimientos!

No salía, no. Porque era guapísima Graciana. La caída de ojos, la boca y la figura esbelta eran trasunto de don Pepe, que, orgulloso, lo ponderaba; pero en los demás detalles encantadores, ni Priscos, ni Sangiles la igualaron. Ahí estaban en la casa, sepultados en albums ó expuestos en fúnebres daguerreotipos y óleos agrietados, los abuelos, los padres, los hermanos, tíos, primos y sobrinos, la turba de parientes entera, tan fachas todos que daban risa. Sin embargo, misia Estanisladita decía:

—Ese color de pelo de Gracia, así, entre rubio y bronceado, con esos reflejos tan bonitos, lo tuve yo... á los veinte años.

Pero don Pepe no se acordaba de tal cosa, sin duda por preocuparle más, en los tiempos que la galanteaba, el color de sus monedas que el de sus cabellos.

Con los Montiel cultivaba la familia de Sangil amistad sincera y antiquísima. Mucho antes de casarse misia Estanisladita,

vecina, aunque bastante más joven que las dos Mártires, se visitaban y querían mucho, éstas con cierta lástima de ver á la otra tan mema é inocentona. Fué en la tertulia del clérigo donde conoció don Pepe á la de Prisco; y el estar enterada de la pasión del adónis por su amiga, no impidió que ella le amase y lo dijese y llegara á resbalarse, y á la misma Artemia, antes que al padre, confesara la caída. Después del casamiento forzoso, Sangil juzgó prudente cortar las relaciones con aquella casa, por vergüenza de Artemia y temor de don Nicolás, y así se pasaron mucho tiempo; pero un día se encontraron en una tienda misia Bernarda y misia Estanisladita, hiciéronse mutuos reproches y tan amigas. Tanto, que misia Estanisladita consiguió que la acompañara Sangil á la calle de Bolivar; y la simpatía, las desgracias de familia, los intereses comerciales les ligaron luego más estrechamente.

La lotería de cartones les reunía muchas noches en invierno, y una corta temporada en Las Piedras era de cajón en el programa

veraniego de cada año. Pero la muerte de Artemia suprimió éstas y otras expansiones..... Entretanto, puede decirse que Graciana se crió al lado de Nico y de Tobi. Chica de faldilla corta y cabellera suelta, gustaba muchísimo de enredar con los muchachos y los borreguitos del Remate, y pasarse el santo día en casa de Montiel, mimada por la tía Bernarda y don Cayetano. A veces se quedaba á dormir en la cama de la señora, con el pretexto de asistir de mañanita á la misa cotidiana, pero en realidad, por saborear los bollos que bajo la almohada la escondía misia Bernarda. Era muy seria y muy modosa. Su admiración por Tobi, en cuanto artista, se despertó la vez primera que le vió, como al Dios Todopoderoso de su Historia Sagrada, sacar de un poco de barro un Adan pintiparado; las correrías en el piso bajo, las fábulas recitadas en coro, la misa del tío Tano, los bollos de la tía Bernarda, nada le interesó ya como este espectáculo de la creación milagrosa de seres de toda especie por los dedos,

para ella divinos, de Tobi. Y él, orgulloso, se esmeraba, se excedía á sí mismo, ejecutaba maravillas.

—Mira, me haces ahora una cabrita, y luego dos palomitas que se besan con el piquito, y después unas cosas muy lindas, muy lindas.

Los dedos de Tobi urgaban en el barro, cogían una pelotilla, la estrujaban, la modelaban, la alisaban, y salía la cabrita, las palomas y cuanto ella pedía. Suspensa, Gracia respiraba apenas.

En la penumbra de la galería, parecíale que veía á Tobi transfigurado por un rayo de luz de colores que le caía sobre la hermosa cabeza, mientras él daba formas á la pelotilla de barro; y temerosa, se apartaba un poco.

—¡Ay! te veo ahora como anoche, Tobi... Mira, anoche, en sueños, te me apareciste con muchas alas y vestido de fuego, y á pesar que estabas tan cerca de mí, no me quemabas; yo te dije: ¿A dónde vas, Tobi? y tú me contestaste: Pues voy á ha-

cer las florecitas del campo para la primavera.

—Eso es poco—dijo el niño—¡si supieras las cosas que yo sueño! Ya estoy sentado sobre un trono de oro, ya voy encima de una nube ó me tejen coronas de laurel y me presentan palmas y me adoran.

—Sí, sí—repuso Gracia—tú no eres como los otros, como Nico... ¡ay! si tú fueras bueno, me harías un lugarcito en ese trono que dices, y me vestiría yo también de fuego... porque todo eso ha de suceder, ¿verdad? puesto que lo hemos soñado.

—¡Vaya si sucederá!

Ella le mostraba sus dibujos, sus acuarelitas incipientes, y él los juzgaba con amable gesto de maestro consumado.

—Esta línea, esta sombra...

Gracia borraba, corregía y tornaba á borrar; al fin, exclamaba:

—Si no puedo; ¿no ves que yo no tengo eso... eso... que á ti te hace mover los dedos sin que tú lo notes? porque yo sé que hay alguien dentro de ti que te lo hace hacer.

La dulce amistad de la niña era para Tobi tan necesaria, que cuando ella no estaba delante, trabajaba con disgusto ó no trabajaba, pensativo; á ella le confiaba sus penas, sus alegrías y sus esperanzas.

—Mira, cuando yo sea grande... ¡Jesús, qué de cosas haré! Tengo la cabeza llena, llena.....

Su entrada en el taller de Pietro Segna fué motivo de pasmo para Gracia, que habría deseado ver por un agujero cómo se enseña el arte divino de la escultura y qué facha tenía el ser sobrenatural poseedor de sus secretos.

Ella creció en años, en belleza y en discreción; la falda, egoista, no dejó asomar ya sino el piecesito monísimo; la cabellera se sujetó á la dura ley de las horquillas y de la moda; los juegos se suprimieron, y también la charla en la galería; Gracia no se quedaba más á dormir con la tía Bernarda, ni acudía con tanta frecuencia á la misa del tío Tano, ni expresaba como antes su ingénua admiración por las obras de su